

Introducción a la semana

Lun
16 Evangelio del día
Mar
2020 Tercera semana de Cuaresma

“Jesús se abrió paso entre ellos”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 5, 1-15a

En aquellos días, Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio el Señor había concedido la victoria a Siria.

Pero, siendo un gran militar, era leproso.

Unas bandas de arameos habían hecho una incursión trayendo de la tierra de Israel a una muchacha, que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Dijo ella a su señora:

«Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él lo curaría de su lepra».

Fue (Naamán) y se lo comunicó a su señor diciendo:

«Esto y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel».

Y el rey de Siria contestó:

«Vete, que yo enviaré una carta al rey de Israel».

Entonces tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos y una carta al rey de Israel que decía:

«Al llegarte esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de su lepra».

Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo:

«¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Pues me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querrela contra mí».

Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras y mandó a que le dijeran:

«Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel».

Llegó Naamán con sus carros y caballos y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Envió este un mensajero a decirle:

«Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio».

Naamán se puso furioso y se marchó diciendo:

«Yo me había dicho: “Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra”. El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Podría bañarme en ellos y quedar limpio».

Dándose la vuelta, se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron para decirle:

«Padre mío, si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: “Lávate y quedarás limpio”!».

Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Y su carne volvió a ser como la de un niño pequeño: quedó limpio.

Naamán y toda su comitiva regresaron al lugar donde se encontraba el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él exclamando:

«Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel».

Salmo de hoy

Sal 41, 2. 3; 42, 3. 4 R/. Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?"

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío. R/.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? R/.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada. R/.

Me acercaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
y te daré gracias al son de la cítara,

Dios, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 4, 24-30

Habiendo llegado Jesús a Nazaret, le dijo al pueblo en la sinagoga:

«En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio».

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ahora reconozco que en toda la tierra no hay más dios que el de Israel”

El relato de la curación de Naamán constituye una estructura narrativa que en progresión de contrastes capta la atención para conducirnos a una profunda verdad: Dios se deja encontrar en lo sencillo y lo hace a través de los otros. Quien se abre a esta luz posibilita el encuentro consigo mismo, se reconoce como criatura en el corazón del universo y se abre al Dios que se acerca a través de humildes signos.

La vida de Naamán era aparentemente exitosa, pero no perfecta, estaba marcada por la enfermedad. La limitación, en cualquiera de sus dimensiones, sella la condición humana desde el inicio de la vida, constituye el primero de los aprendizajes. Sin embargo, con prontitud intentamos esconderla, disimularla, la etiquetamos como si fuese un “defecto” y terminamos coloreándola de moralidad o escapando de ella. Como Naamán, es posible que nos consideren personas de logros memorables, reconocidas por la sociedad, implicadas en nobles causas, pero que tropezamos en lo esencial porque actuamos más como dueños que deudores, más autosuficientes que interdependientes, más exigentes que agradecidos.

Eliseo sale al encuentro de la necesidad del otro sin ser solicitado, no le mueven intereses personales sino el hecho de poner en claro la presencia de Dios como fuente de vida y salud, fiel a su alianza. Un Dios que libera desde la confianza, que nos rescata desde la escucha que compromete. Nuestra carne arrugada, enferma o sin brillo por el peregrinar de las circunstancias, se torna limpia como la de un niño, cuando descartamos el baluarte de la suficiencia, la comparación estéril, el malhumor que ofusca y repliega.

“Jesús se abrió paso entre ellos”

Las lecturas de este lunes de la tercera semana de Cuaresma manifiestan con claridad la unidad que articula el mensaje de la Escritura. Hay una savia común que nutre la palabra del Antiguo y Nuevo Testamento: el progreso en el desvelamiento del Dios de Israel que culmina en la revelación del Dios de Jesús como misericordia entrañable. Ante esta realidad se dan diferentes reacciones: la reticencia, el desconcierto, la prevención, la duda o la abierta discrepancia. Sólo la confianza nos capacita para el conocimiento y la experiencia de este don de amor que cura las lepras más visibles, así como la prepotencia más escondida.

El evangelista Lucas nos presenta a un Jesús “hermeneuta”; sí, un Jesús que no sólo lee la Escritura, sino que se encuentra en ella y mira la vida desde ella. Resulta fascinante contemplar cómo Jesús aplica la analogía de la fe en la interpretación del libro de Reyes y enfoca la verdad del mensaje a su momento personal. Un referente magistral que muestra la actitud adecuada con la que hemos de asomarnos a la Palabra.

Jesús inicia su vida pública con entusiasmo, visita su pueblo, su gente, les comparte lo que guarda en su corazón, les actualiza el tesoro de luz que alberga la Escritura, pero experimenta el rechazo de quienes más tendrían que apoyarle y le desconcierta, le hiere, esta falta de aceptación.

Descubre que son “los de fuera” quienes acogen a los enviados de Dios, quienes aceptan las mediaciones en lo pequeño con radical generosidad, quienes no se cierran a lo diferente. Jesús se reconoce en continuidad con los profetas predecesores y se identifica con ellos. Son los “extranjeros” quienes perciben el paso de Dios entre sus huellas porque viven en la confianza, en la fuerza de lo germinal que nos transforma y fecunda.

Oración

Señor, nos bendices con tu presencia, ayúdanos a mirar desde dentro y desde Ti, para que la vida sea un permanente aprendizaje de misericordia.

¿Está siendo este tiempo de cuaresma una oportunidad para restaurar la confianza?



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

“Hasta setenta veces siete”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 3, 25. 34-43

En aquellos días, Azarías, puesto en pie, oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo:

«Por el honor de tu nombre,
no nos desampares para siempre,
no rompas tu alianza,
no apartes de nosotros tu misericordia.
Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo;
por Israel, tu consagrado;
a quienes prometiste multiplicar su descendencia
como las estrellas del cielo,
como la arena de las playas marinas.
Pero ahora, Señor, somos el más pequeño
de todos los pueblos;
hoy estamos humillados por toda la tierra
a causa de nuestros pecados.
En este momento no tenemos príncipes,
ni profetas, ni jefes;
ni holocausto, ni sacrificios,
ni ofrendas, ni incienso;
ni un sitio donde ofrecerte primicias,
para alcanzar misericordia.
Por eso, acepta nuestro corazón contrito
y nuestro espíritu humilde,
como un holocausto de carneros y toros
o una multitud de corderos cebados.
Que este sea hoy nuestro sacrificio,
y que sea agradable en tu presencia:
porque los que en ti confían
no quedan defraudados.
Ahora te seguimos de todo corazón,
te respetamos, y buscamos tu rostro;
no nos defraudes, Señor;
trátanos según tu piedad,
según tu gran misericordia.
Líbranos con tu poder maravilloso
y da gloria a tu nombre, Señor».

Salmo de hoy

Sal 24, 4-5a. 6 y 7cd. 8-9 R/. Recuerda, Señor, tu ternura

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. R/.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?».

Jesús le contesta:

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo:

“Págame lo que me debes”.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo:

“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”.

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo:

“¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdóné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”.

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Reflexión del Evangelio de hoy

Acepta nuestro corazón contrito

Las palabras de Azarías, en medio del fuego al que ha sido arrojado por Nabucodonosor, representan la oración de todos los que se sienten desarmados ante la realidad. Es una hermosa oración donde queda patente la desolación, tras haber contemplado las ruinas de su patria. Parece decir: no queda nada, sólo Tú. Y en medio de tanta desgracia, donde no hay ni príncipes ni profetas, él se lamenta del abandono que sufren. ¿A dónde acudir, a quién gritar? Y vuelve su mirada a Dios. Y le pide que acepte un corazón contrito, humillado. Poco más se puede ofrecer a Dios, pero no deja de ser importante que ante tanta devastación la oración se convierta en una manifestación de confianza.

Estamos viviendo la Cuaresma. Un tiempo propicio para examinar nuestra realidad a los ojos de Dios e intentar ofrecerle, también, nuestro corazón contrito. Es tiempo de pensar y reflexionar. Quizá en nuestro tiempo vamos un poco a ese erial donde se ha expulsado a Dios, para sustituirlo por otros dioses o diosillos. También nosotros, con frecuencia, vivimos un tanto abatidos, sin fuerzas para seguir caminando porque el trayecto de la fidelidad a Jesucristo no es un camino de rosas. Tampoco lo fue el suyo. Este tiempo de penitencia y reconciliación, es el momento de dirigirnos a nuestro Buen Padre Dios y ofrecerle nuestro desconcierto ante tantas realidades negativas que hemos de afrontar cada día. Es tiempo de sinceridad y reconocimiento de nuestra condición pecadora. Ofrecerle nuestro corazón contrito es una forma de expresar nuestra confianza en su perdón y en su misericordia.

Hasta setenta veces siete

Nuestras relaciones con los demás son el parámetro de nuestra relación con Dios. Cuesta creerlo, pero así consta en el evangelio de Jesús. “Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo». Y San Juan, en su primera carta, lo formula de modo parecido: “Pues el que no ama a su hermano a quien ve; ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?” Y ahí no tenemos escapatoria. Somos hipócritas cuando afirmamos amar a Dios y nos olvidamos de los que tenemos alrededor. Por eso, el evangelio de hoy viene a recalcar la importancia de la reconciliación con los hermanos.

Es Pedro quien quiere saber cuántas veces ha de perdonar al hermano. La respuesta de Jesús es clara: el perdón no debe tener límites. No hay otra forma de vivir el seguimiento del Buen Maestro. Si Dios es misericordioso, nosotros hemos de imitarle en ese punto. El perdón comienza cuando somos capaces de no fijar la atención en lo que los demás llevan a cabo con nosotros. Es verdad; la experiencia nos dice que cuesta mucho perdonar cuando la herida de la ofensa está viva y la cultivamos en nuestro interior. De nuevo hemos de mirar a Jesús. Él, en su comportamiento, lo demostró múltiples veces. El gesto máximo de perdón lo manifestó, explícitamente, en la cruz pidiendo a Dios que perdonara a sus ejecutores. Eso mismo espera Él de nosotros. ¿Qué significan nuestros gestos de perdón, a veces por nimiedades, ante ese gesto suyo en el patíbulo? ¿Cómo podemos nosotros mantenernos ajenos a ese ejemplo supremo de perdón?

Sería bueno, cuestionarnos cuántas veces vamos perdonando a lo largo del día. Es un gran paso en nuestro seguimiento de Jesús, especialmente en este tiempo de Cuaresma.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Mié

18
Mar

2020

Evangelio del día

Tercera semana de Cuaresma

“No he venido a abolir, sino a dar plenitud”

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 4, 1. 5-9

Moisés habló al pueblo, diciendo:

«Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar.

Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella.

Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán:

“Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”.

Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?

Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?

Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo de hoy

Sal 147, 12-13. 15-16. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén;

alaba a tu Dios, Sión.

Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

Él envía su mensaje a la tierra,

y su palabra corre veloz;

manda la nieve como lana,

esparce la escarcha como ceniza. R/.

Anuncia su palabra a Jacob,

sus decretos y mandatos a Israel;

con ninguna nación obró así,

ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley.

El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos.

Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Un dios cercano como nuestro Dios

Moisés entrega los mandatos de Dios al pueblo, ellos son la sabiduría y la inteligencia para mostrarse ante otros pueblos. Los mandamientos son la guía de valores con la que el pueblo de Israel, una vez liberado de la esclavitud, puede asumir en la tierra prometida.

Los mandamientos lo podemos ver como prohibiciones o limitaciones, pero más bien son criterios para usar bien la libertad. Son criterios de amor y adhesión al Dios que liberó. Si los leemos bien pueden ser una meta a conseguir para vivir mejor nuestra libertad.

Si nuestra libertad no se guía por unos criterios objetivos, podemos caer en la esclavitud nuevamente: alcohol, drogas, ludopatías... Esclavitudes que son modificables, si ponemos tras la libertad unos criterios y actitudes activas, que respeten por encima de toda la vida que Dios nos ha ofrecido de liberación.

Caemos en el error cuando vivimos la libertad queriendo evitar lo que hicieron nuestros mayores. Una experta en psicología me decía tiempo atrás, que la mejor manera de superar los miedos y las fobias era “evitar-evitar”. Es decir, no huir de los momentos o situaciones que me provocan miedo, sino enfrentarlas hasta acostumbrar a la mente y al cuerpo a vivir confrontándolas, aunque sea desde la tensión.

Aplicando este principio al miedo a los errores, al final caemos en el error de olvidar cuánto se nos ha liberado desde el pasado: la libertad de la que disfrutamos es la conquista del ayer de nuestros mayores. Y eso no puede caer en el olvido. En muchas ocasiones olvidamos cuánto se nos ha amado, cuánto han sacrificado por ti la vida, cuánta vida te han regalado a lo largo del tiempo. Caemos en el pecado de la ingratitud.

Sin embargo, es diferente vivir evitando a Dios. Cuando Dios cae en el olvido vivimos aferrados a una libertad sin alma y alimento. Vivimos con

ausencias de criterios objetivos que sitúen a nuestra libertad como amiga de la vida. No hay otro Dios tan cercano como Aquél que nos libera de toda esclavitud; pero, tiene un inconveniente, y es que nos libera con la Verdad de Jesucristo.

Abolir la ley o a darle plenitud

En tiempos de Jesús, había gente que se distinguía por su adhesión a la ley, pero convirtieron la ley en una esclavitud para el ser humano. Jesús se sentía libre para actuar según la voluntad de Dios, pero no se sentía sujeto a lo absurdo de cuantos convirtieron la ley de Dios en una injusticia para el hombre: demasiados enfermos y mujeres declarados impuros; marginados en virtud de la aplicación de unos preceptos, que habían crecido en número queriendo mejorar la vida piadosa de la gente.

Sin embargo, Jesús no quería abolir ningún precepto. Al contrario, venía a dar plenitud a la ley que estableció Dios por medio de Moisés. La cuestión es cuando la Ley margina, o permite quitar bondad a la vida de los hombres. Jesús siempre opta por el bien de la humanidad que transita por los caminos de Dios.

Dar plenitud es dar sentido a los criterios con los que uno se rige en la vida, sentido a su libertad, a su amor, a su coraje y fuerza para vivir. Dar plenitud es comprometerse con la vida que uno tiene entre sus manos, y que la libertad no sea una justificación para ello. Dar plenitud es mirar la vida con los ojos de Dios, y ponerse en la piel del que sufre. No puede importar más el sábado que la sanación de un enfermo. No puede importar más el precepto que la dignidad de un hermano.

Miremos a nuestro alrededor, y fijemos la mirada a cuantos hemos llamado pecadores y hemos negado nuestra palabra, nuestro consuelo, nuestra compañía, nuestra ternura. Exigimos demasiado al otro porque hemos visto pequeñeces en él. Pero somos incapaces de ver la viga que no nos permite mirar a cuántas personas viven esperando consuelo.

Jesús nos reta a enseñar y cumplir el sentido de la ley, la plenitud de la ley, y para ello nos brinda el reino de los cielos. Pidamos para que nuestra actitud como cristianos se desprenda desde el consuelo a los más desfavorecidos.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Jue
19
Mar
2020

Evangelio del día

Tercera semana de Cuaresma
Hoy celebramos: San José (19 de Marzo)

“José, su esposo, era justo”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 7, 4-5a. 12-14a. 16

En aquellos días, vino esta palabra del Señor a Natán:

«Ve y habla a mi siervo David:

“Así dice el Señor: Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré tu reino.

Será el quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre.

Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo.

Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre”».

Salmo de hoy

Sal 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 R/. Su linaje será perpetuo.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.
Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

«Sellé una alianza con mi elegido,
jurando a David, mi siervo:
Te fundaré un linaje perpetuo,
edificaré tu trono para todas las edades». R/.

Él me invocará: “Tú eres mi padre,

mi Dios, mi Roca salvadora".
Le mantendré eternamente mi favor,
y mi alianza con él será estable. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 4, 13. 16-18. 22

Hermanos:

No por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero el mundo.

Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros.

Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe.

Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho:

«Así será tu descendencia».

Por lo cual le fue contado como justificación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 1, 16. 18-21. 24a

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados».

Cuando José se despertó, hizo lo que le habla mandado el ángel del Señor.

Reflexión del Evangelio de hoy

Elogio de la bondad

Celebramos hoy la fiesta de San José, del que el evangelio dice que era un hombre bueno. La vida de San José es un canto a la bondad. José fue bueno con María, con la que estaba desposado, y con Jesús. Aceptó las explicaciones que Dios le dio y, llevado de su bondad, acogió a María y a Jesús, y les amó entrañablemente.

Por eso, la fiesta de San José es un buen momento para preguntarnos por la bondad y por el lugar que ocupa en nuestra vida diaria. De entrada, y en general, tenemos una alta consideración de la bondad, que se manifiesta también en el rechazo del mal. En el rechazo, por ejemplo, de los protagonistas de perversas actuaciones, que cada día nos sirve la prensa. Ante tanto mal, nuestro corazón queda encogido y le gustaría otra cosa, rechaza el mal, el opuesto a la bondad.

Nuestra particular lucha entre el bien y el mal

“Sólo Dios es bueno”, dijo Jesús al joven rico. Dios es bueno, bondadoso. Como nos ha creado a su imagen, ha depositado en nuestro corazón la bondad, el deseo de hacer el bien. Aunque después, en nuestro campo apareció la cizaña, la inclinación a hacer el mal. En el fondo, la vida del hombre es una lucha entre su bondad y su maldad. Y ahí está nuestra libertad, para escoger un camino u otro.

La bondad, la verdad, ser débil

Ser bueno, regirse por la bondad, buscar el bien y no el mal no es sinónimo de debilidad, de falta de energía. En el lenguaje popular, se suele decir que “una cosa es ser bueno y otra ser tonto”, presuponiendo que, a veces, el bueno es tonto. Usamos también la palabra “buenecito” para rebajar la grandeza del bueno, como el que no sabe enfrentarse a ciertas situaciones y cierra los ojos ante el mal. Que quede claro que el hombre bueno nunca oculta la verdad, conoce la verdad de la realidad. Por eso, a un tortazo nunca lo llama una caricia, a un robo nunca lo llama una acción inteligente... Llama al pan pan, al bien bien, y al mal mal. El bondadoso tiene el coraje y la osadía de enfrentarse al mal pero... a base del bien. Lo que quiere, sin cerrar los ojos a la realidad, es que prevalezca la bondad y no la maldad, vencerla a base del bien y nunca dejarse llevar por “el ojo por ojo y mal por mal”.

La bondad, el amor

Amor y bondad van íntimamente unidos. Amar es desear y buscar el bien para la persona amada. Muy importante para amar a los demás es sentirse amados por alguien. Por eso, Jesús pone tanto empeño en decirnos y probarnos que nos ama hasta el extremo. De esta manera, nos pide que nos dejemos llevar por el amor, que amemos a nuestros hermanos, es decir que seamos buenos con ellos, que deseemos y busquemos su bien. En general, una persona que se siente amada... ama, se deja llevar por la bondad. Un corazón deshabitado de amor, que no se siente querido, tiene todas las papeletas para no amar, para no hacer el bien a las personas que le rodean. Donde no hay amor, donde hay un corazón que no se siente amado... puede suceder cualquier cosa, el mal triunfará sobre el bien.

Jesús y la bondad

Jesús, nuestro Maestro y Señor, nos anima a que la bondad, el deseo de hacer el bien, que llevamos en nuestro corazón, venza al mal, porque Él

sabe que la bondad nos humaniza, y la maldad nos deshumaniza, y, a la postre, no nos deja ser felices... y además predica con el ejemplo. Su vida fue una lucha a favor del bien y en contra del mal. En el supremo momento de su muerte, cuando lo que prevalecía era la maldad de unos hombres en un juicio injusto, vence ese mal, pero no a base de matar a sus enemigos, algo que estaba a su alcance, sino a base de seguir predicando el amor, la verdad, la bondad... Ese camino le llevó a su resurrección y no al abismo. Jesús nos pide que, en la lucha que es la vida humana, no dejemos que se cuele en nuestro corazón ni un miligramo de mal, de odio, de venganza... Porque los grandes perjudicados, además de nuestros semejantes, vamos a ser nosotros. Nadie puede ser feliz con malos sentimientos. Nuestro corazón está hecho para la bondad y no para la maldad.

En este día de su fiesta, pidamos a San José, un hombre bueno, que se sintió amado por Dios, por María, por Jesús, y que dejó que la bondad guiase su vida entera, que le imitemos siendo personas buenas. Que nos convenza de que: "Es bueno ser bueno. Es malo ser malo". Nuestro corazón está hecho para gozar con el bien y el amor. El que se guíe por el desamor y el mal no puede ser feliz. Con frecuencia, las apariencias engañan.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San José

Esposo de la Santísima Virgen María,
patrono de la Iglesia universal
y de los seminarios
Nazaret, siglos I a.C.-I d.C.

En la solemnidad de San José, la liturgia de las horas nos ofrece un sermón de San Bernardino de Siena, en el cual se presenta al carpintero de Nazaret como una especie de eje entre los dos testamentos: José viene a ser el broche del Antiguo Testamento, broche en el que fructifica la promesa hecha a los patriarcas y los profetas. Sólo él poseyó de una manera corporal lo que para ellos había sido mera promesa».

José pertenecía al linaje de David (Mt 1, 20; Lc 1, 27 y 2, 4). Las tradiciones evangélicas discrepan al darnos el nombre de su padre, bien porque apelen a la ley del levirato, bien porque una de ellas se refiera al abuelo. Era hijo de Jacob (Mt 1, 15-16) o de Leví (Lc 3, 24). Para los cristianos no es más que un anillo en las listas genealógicas.

José es el hombre de la escucha y del silencio. Es el que, en los sueños, descubre el proyecto de Dios, como lo había hecho el patriarca José, vendido por sus hermanos (Gn 37, 6-9).

José es el creyente que, al cumplir la Ley del Señor, descubre la llegada del tiempo del Espíritu de Dios. José es el padre que, al buscar a su hijo perdido, descubre el misterio de la paternidad de Dios.

El hijo del carpintero

[...] Después del viaje a Jerusalén en el que Jesús se manifestó a los doctores de su pueblo, toda la familia volvió a Nazaret. Continúa el silencio. El texto evangélico resume aquellos años en una escueta observación: «Jesús vivía sujeto a ellos. Progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres», (Lc 2, 52). Si María guardaba todas estas cosas en su corazón, es de suponer que también José meditara en su interior los acontecimientos, ordinarios y silenciosos, que se desarrollaban ante sus ojos.

José de Nazaret es calificado por los Evangelios como un tecton, un artesano de la madera. Era un carpintero e hizo de Jesús un carpintero, como sabemos por los comentarios que la gente le dedica cuando, ya adulto, vuelve a la aldea de su infancia: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6, 3).

Otra tradición evangélica recuerda estos detalles de la familia al presentar la misión profética de Jesús «Al comenzar su vida pública tenía unos treinta años, y era según se creía hijo de José» (Lc. 3, 23). A continuación, Lucas incluye la genealogía ascendente de Jesús.

Sus orígenes y actividad son también evocados en la presentación que de él hace Felipe a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret» (Jn 1, 45). Esas palabras nos han parecido siempre una primera confesión de la fe cristiana. La búsqueda de los hombres, tema característico del Antiguo Testamento, termina en Jesús. Él es el anunciado por la Ley y los profetas. Pero el esperado no es un ser evanescente, tiene raíces personales y locales. Ante las desviaciones, demasiado espiritualistas, de algunos cristianos de los primeros tiempos era preciso afirmar la realidad encarnada del Verbo de Dios. Y entre otros procedimientos, el evangelista apela también al de su filiación y al de su lugar de origen. Creer en el Verbo de Dios exige identificarlo con el hijo de José de Nazaret.

José era considerado como una prueba de la humanidad del que se proclamaba Camino, Verdad y Vida. Nazaret se convertía así en una especie de «lugar teológico».

Estos orígenes no fueron olvidados por el Maestro. Jesús volvió un día a su tierra y a su aldea. Enseñaba el sábado en su sinagoga, de tal manera que sus vecinos decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacob, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban a causa de él. Mas Jesús les dijo: "Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio". Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe» (Mt 13, 54-58).

El estilo de las escandalizadas admiraciones nos hace suponer que seguramente José no vivía ya por entonces. Pero su paternidad seguía siendo una referencia obligada para Jesús. Y un escándalo. Ya no por el modo de su nacimiento, sino por la imposibilidad aparente de que el hijo del artesano pudiera presentarse como un profeta, como tal profeta. Los hermanos y hermanas de Jesús pueden muy bien ser parientes cercanos, miembros de la familia amplia con la que Jesús había trans-currido su niñez.

José ha pasado en silencio por las páginas evangélicas. Es sólo —y nada menos— un creyente que presta atención al Dios que se le muestra en los sueños, que se admira ante la presencia del misterio en su hijo, que pasa a su hijo la herencia mesiánica de David y la raíz de humanidad que él ha querido abrazar para siempre, ¿Qué sentido podrían tener sus palabras ante aquel que era la Palabra hecha carne en su propio hogar?

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 14, 2-10

Esto dice el Señor:

«Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.

Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: “Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.

Pagaremos con nuestra confesión:

Asiria no nos salvará,

no volveremos a montar a caballo,

y no llamaremos ya ‘nuestro Dios’

a la obra de nuestras manos.

En ti el huérfano encuentra compasión”.

“Curaré su deslealtad,

los amaré generosamente,

porque mi ira se apartó de ellos.

Seré para Israel como el rocío,

florecerá como el lirio,

echará sus raíces como los cedros del Líbano.

Brotarán sus retoños

y será su esplendor como el olivo,

y su perfume como el del Líbano.

Regresarán los que habitaban a su sombra,

revivirán como el trigo,

florecerán como la viña,

será su renombre como el del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos?

Yo soy quien le responde y lo vigila.

Yo soy como un abeto siempre verde,

de mí procede tu fruto”.

¿Quién será sabio, para comprender estas cosas,

inteligente, para conocerlas?

Porque los caminos del Señor son rectos:

los justos los transitan,

pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo de hoy

Sal 80, 6c-8a. 8bc-9. 10-11ab. 14 y 17 R/. Yo soy el Señor, Dios tuyo; escucha mi voz

Oigo un lenguaje desconocido:

«Retiré sus hombros de la carga,

y sus manos dejaron la espuerta.

Clamaste en la aflicción, y te libré. R/.

Te respondí oculto entre los truenos,

te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;

¡ojalá me escuchases, Israel! R/.

No tendrás un dios extraño,

no adorarás un dios extranjero;

yo soy el Señor, Dios tuyo,

que te saqué del país de Egipto. R/.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo

y caminase Israel por mi camino!

Los alimentaría con flor de harina,
los saciaría con miel silvestre». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:

«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

«El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó:

«Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:

«No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

"Tropezaste por tu pecado"

Más de una vez, el pueblo de Dios le dio la espalda al mismo Dios, se alejó de Él. El Señor pide a su pueblo que lo primero que tienen que hacer es reconocer su pecado, que hizo lo contrario de lo que Él le había pedido, y rompiendo su alianza de amor con Él, adoró a ídolos, a falsos dioses. ¿Qué va a hacer Dios ante el arrepentimiento de su pueblo? Dios, que es Amor, no puede más que amar. Y su amor le llevará a perdonar a su pueblo y a seguirles brindándoles su amor, su amistad, incluso sin que lo merezcan. “Yo curaré sus extravíos, los amaré sin que lo merezcan” y, según este pasaje de Oseas, les demostrará su amor haciéndoles disfrutar del mundo natural, recordando el paraíso. “Seré rocío para Israel, florecerá como azucena, arraigará como un álamo”.

Los que vivimos después de Jesús, el amor desbordante de nuestro Dios expresado a través de su Hijo, nos tiene que llenar de gozo y de su paz. Hagamos lo que hagamos, demos la espalda a nuestro Dios, sabemos que nuestro Dios que es Amor nos seguirá amando, nos seguirá ofreciendo su amor, su perdón. Nunca nos rechaza para siempre. Su amor se lo impide.

Siempre el amor

Estamos ante el pasaje en que Jesús corrobora cuál es el primer mandamiento de todos. De sobra conocemos su respuesta. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Todo en el seguidor de Jesús se resume en el amor. La razón es bien clara: estamos hechos a imagen de Dios, que es Amor, por lo que también nosotros en nuestra entraña más íntima somos amor. La diferencia está en que nuestro Dios es Amor al cien por cien. No hay mezcla de desamor en él. En nosotros, lo notamos, lo experimentamos, aunque el amor sea lo más potente, descubrimos que la tendencia al desamor, al odio, a la venganza ronda por nuestro corazón.

Para cumplir “el mandamiento primero”, el mandamiento del amor, insistentemente hemos de pedir a Jesús, que es nuestro Dios, que nos convenza de lo mucho que nos ama y apoyándonos en su amor podremos cumplir el mandamiento primero. Podemos pedirle, en unión con san Pablo, que nos haga caer en la cuenta de cuál es “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” del amor que Jesús nos tiene. Lo más importante de la vida divina y de la vida humana es el amor.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

21
Mar

2020

Evangelio del día

Tercera semana de Cuaresma

“El publicano bajó a su casa justificado”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 6, 1-6

Vamos, volvamos al Señor.
Porque él ha desgarrado,
y él nos curará;

él nos ha golpeado,
y él nos vendará.
En dos días nos volverá a la vida
y al tercero nos hará resurgir;
viviremos en su presencia
y comprenderemos.
Procuremos conocer al Señor.
Su manifestación es segura como la aurora.
Vendrá como la lluvia,
como la lluvia de primavera
que empapa la tierra».
¿Qué haré de ti, Efraín,
qué haré de ti, Judá?
Vuestro amor es como nube mañanera,
como el rocío que al alba desaparece.
Sobre una roca tallé mis mandamientos;
los castigué por medio de los profetas
con las palabras de mi boca.
Mi juicio se manifestará como la luz.
Quiero misericordia y no sacrificio,
conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo de hoy

Sal 50, 3-4. 18-19. 20-21ab R/. Quiero misericordia, y no sacrificio

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:
«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:
“Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.
El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”.
Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Volver al Señor»

Bonita invitación la que nos hace el Señor por medio de esta lectura de Oseas: “ *volver al Señor*”.

Y, ¿en qué puede consistir?

Volver al Señor consiste en poner nuestra confianza en Dios: “ *Él, que nos despedazó, nos sanará*”... en dos días nos sanará y al tercero nos resucitará.

Y, ¿cómo podemos poner nuestra confianza en Él? No podemos confiar en nada ni en nadie que no conozcamos. Cuando tenemos conocimiento de las cosas y las personas, entonces nos ponemos o no en sus manos. Así pues, del mismo modo pasa con Dios: no podemos confiar en Él si no lo conocemos.

Una buena invitación para este tiempo tan especial que vivimos: conocer más al Señor, esto es, volver nuestra mirada hacia Él, contemplarle, contemplar la vida, la naturaleza, nuestra vida; contemplarle en la Palabra de cada día, en los sacramentos; contemplarle en el otro, en el que pasa a

nuestro lado, en el que sonríe y en el que está triste. Contemplantle y pedirle con todas nuestras fuerzas que seamos capaces de verlo en el otro.

Buen propósito para estos días que faltan para celebrar la Pascua... y así conseguiremos confiar, ponernos en sus manos y **VOLVER AL SEÑOR**, porque, como termina la lectura:

“quiero misericordia y no sacrificios; conocimiento de Dios, más que holocaustos”.

«El publicano bajó a su casa justificado»

En este tercer sábado de Cuaresma la Iglesia nos ofrece una parábola muy conocida: la parábola del fariseo y el publicano. ¿Cuántas veces hemos oído, leído, meditado este evangelio?... muchísimas.

Este es uno de los pasajes más gráficos del Nuevo Testamento. Dos actitudes, dos formas de orar, dos formas de vivir... y queda muy claro cuál es la que prefiere Dios.

La justificación ante Dios del publicano es considerarse y reconocer que es pecador, que no es perfecto. La justificación del publicano es ser humilde ante Dios y ante los hombres.

La humildad es saberse incapaz de llamarse hijo de Dios (como el centurión que pide el favor al Señor, pero tiene toda la confianza en su poder), es confiar en Dios y en que Dios quiere lo mejor para todos nosotros...

De nuevo vemos que al Señor no le gustan las apariencias: le da igual las veces que ayunamos, las limosnas y las oraciones que hagamos, si todo esto no nos ayudan a acercarnos a Él, a acercarnos al hermano, a acercarnos a su misericordia. Podemos llevar una vida muy acorde con los mandamientos, una vida de cumplimiento, pero si nos falta la humildad de corazón, no le vale al Señor.

La humildad, es la **cualidad** máspreciada, la que debemos practicar día a día. ¿Cuánto cambiaría nuestro mundo si todos fuéramos más humildes? Veríamos la viga de nuestro ojo, conoceríamos y reconoceríamos nuestras limitaciones, nuestras deficiencias, nuestras carencias... y no estaríamos tan pendientes de los demás, de lo que son y lo que hacen.

Intentemos vivir en estos días conociéndonos a nosotros mismos, poniéndonos en las manos del Señor con sencillez y humildad, y así podremos bajar, como el publicano, justificados.



Dña. Rosa María García O.P. y D. José Llópez O.P.
Fraternidad Laical de Santo Domingo de Torrent, Valencia.

El día **22 de Marzo de 2020** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).